

## Un poema en Copenhague

Sí, una vez más, como siempre, lo mejor está por venir.

—¿En qué estás pensando? ¡Despierta por favor! ¡Ogre olie, ogre olie! ¡Coño, hombre, vamos, dilo bien! ¡¿O es que ya estás ebrio?! —enojada gritó Maiane, sentada sobre mis rodillas, mientras apuraba la pequeña copa llena de un oscuro y amargo licor danés llamado ogre olie, o algo muy parecido.

—Ogreec olie, es eso, ¿no? —respondí ya borrachín.

Los tres parroquianos que estaban en el desértico bar se rieron nuevamente y comentaron con Maiane, que sacudió la cabeza y se acomodó en mis trituradas rodillas para poner énfasis en lo que iba a decir:

—Hombre, ¡es increíble que no lo puedas pronunciar! ¡Al final de cuentas has resultado ser un tonto!

Ella es una hermosa morocha que, entre sus estudios de filología en español y su deseo de amar, provocó que por tercera vez yo llegara a esta parte de Europa.

El calor que hay dentro del pequeño bar del barrio de Norrebro, en Copenhague, no tiene nada que ver con el invierno que está llegando al norte del viejo continente.

Afuera, las congeladas bicicletas nos esperan para volver al departamento de Maiane, que desde que me

tiene al lado vive contenta porque puede practicar su español aprendido hace unos años en España.

¿Cómo llegué hasta aquí? Nueve meses atrás desembarqué en Europa seducido por la dulzura de una parisina. Pero esa es otra historia. Del resto se encargó el viento, el arte de dejarse llevar y los tragos que la gente dejaba sueltos en una *salsoteca* de Copenhague, donde una cortísima minifalda que exhibía un poderoso cuerpo me tomó de la mano y me puso a dar vueltas en medio de la pista. Luego de un buen rato bailando, sin tener yo mucho control de lo que sucedía, ella, que se llamaba Maiane, me dijo adiós. Cuando logré alcanzarla, la miré a los ojos con cara de cachorro perdido y dije:

—Por favor, llévame contigo.

—Ven, acompáñame —ordenó.

Salimos a la calle y mientras desencadenaba su bicicleta preguntó:

—¿Y cómo hago para llevarte conmigo?

Empecé a buscar soluciones pero mis aportes eran una bobada tras otra..., hasta me ofrecí a ir corriendo a su lado. Ahí fue cuando me interrumpió.

—Pero mírate, hombre, si no puedes tenerte en pie. Escucha, presta atención. Mañana te espero en esta dirección a las seis de la tarde. Voy a cocinar para ti. ¿Vale? —y me entregó un papelito. Así nos conocimos.

Ella me enseñó los *rincones* de Copenhague, como la sala de cine de Dogma o la comunidad de Cristiania con sus enormes perros y *stands* de marihuana y hachís; del circuito turístico, nada. “A ti esas cosas no te interesan”, le oí murmurar más de una vez. Y ahora estábamos en

un pequeño bar de Norrobro, empecinados en disfrutar nuestros últimos días juntos.

Maiane, dura y divertida, me dice:

—Bueno, ya que no puedes pronunciarlo, espero que al menos te haya gustado el ogre olie. Me gustaría que recordaras este momento. Algo me dice que esta venida tuya va a ser la última. Y yo no me voy detrás de ti. ¿Sabes qué? Tú posees lo que en India un viajero australiano creyó ver en mí. Tienes un alma de vagar.

—Se dice un alma vagabunda, corazón —la corregí cariñosamente.

—Puede ser, puede ser, pero a mí me gusta más alma de vagar y no me parece lo mismo, ¿sabes? No importa. Él estaba equivocado conmigo, pero tú sí la tienes. Ese viajero me regaló un poema cuyo... ¿se dice cuyo?, cuyo autor resultó ser un danés. Bueno, estas cosas no son casualidades, ¿verdad? ¡Toma! —me ordenó, entregándome una servilleta, el alma y todo lo que tenía para dar—. Escribí el poema para ti.

Al terminar de leerlo, intenté sonreír. Lo guardé, reconociendo que me pertencía y para que me acompañara por siempre, en el bolsillo trasero del pantalón. Entonces Maiane, involucrando a todos en el pequeño bar, levantó su copa y lanzó un vehemente “¡venga, hombre, brindemos!”.

Era mi turno. Mirándola a los ojos, intentando capturar el momento, también le presenté la pequeña copa a modo de brindis y, antes de echármelo, lo dije:

—A tu salud... y por las Almas de Vagar.